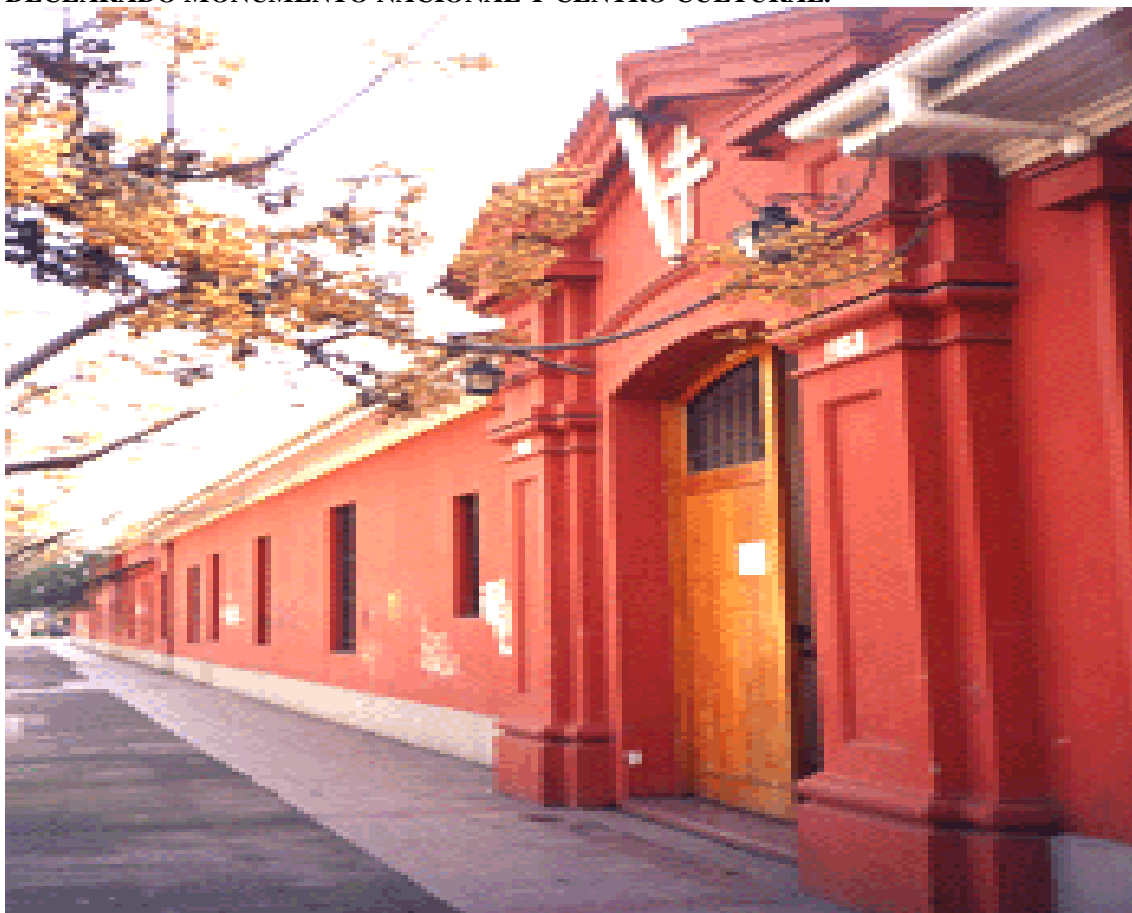


7.1 “ JESÚS, NOCHERO DE UN HOSPITAL”

Narración N ° 1 de 11, del Cap. VII del libro “Manifiesto Irreverente y otros relatos, Cuentos”

De Hugo Eduardo Diaz.

1.- FACHADA DEL CENTENARIO EX-HOSPITAL SAN JOSÉ DE SANTIAGO DE CHILE.
DECLARADO MONUMENTO NACIONAL Y CENTRO CULTURAL.



7-1 “JESÚS, NOCHERO DE UN HOSPITAL.

Cuento N° 1 del Capítulo VII “ EL NOCHERO DEL PABELLÓN N° 3” del libro “ Manifiesto Irreverente y otros relatos” de Hugo Eduardo Diaz.

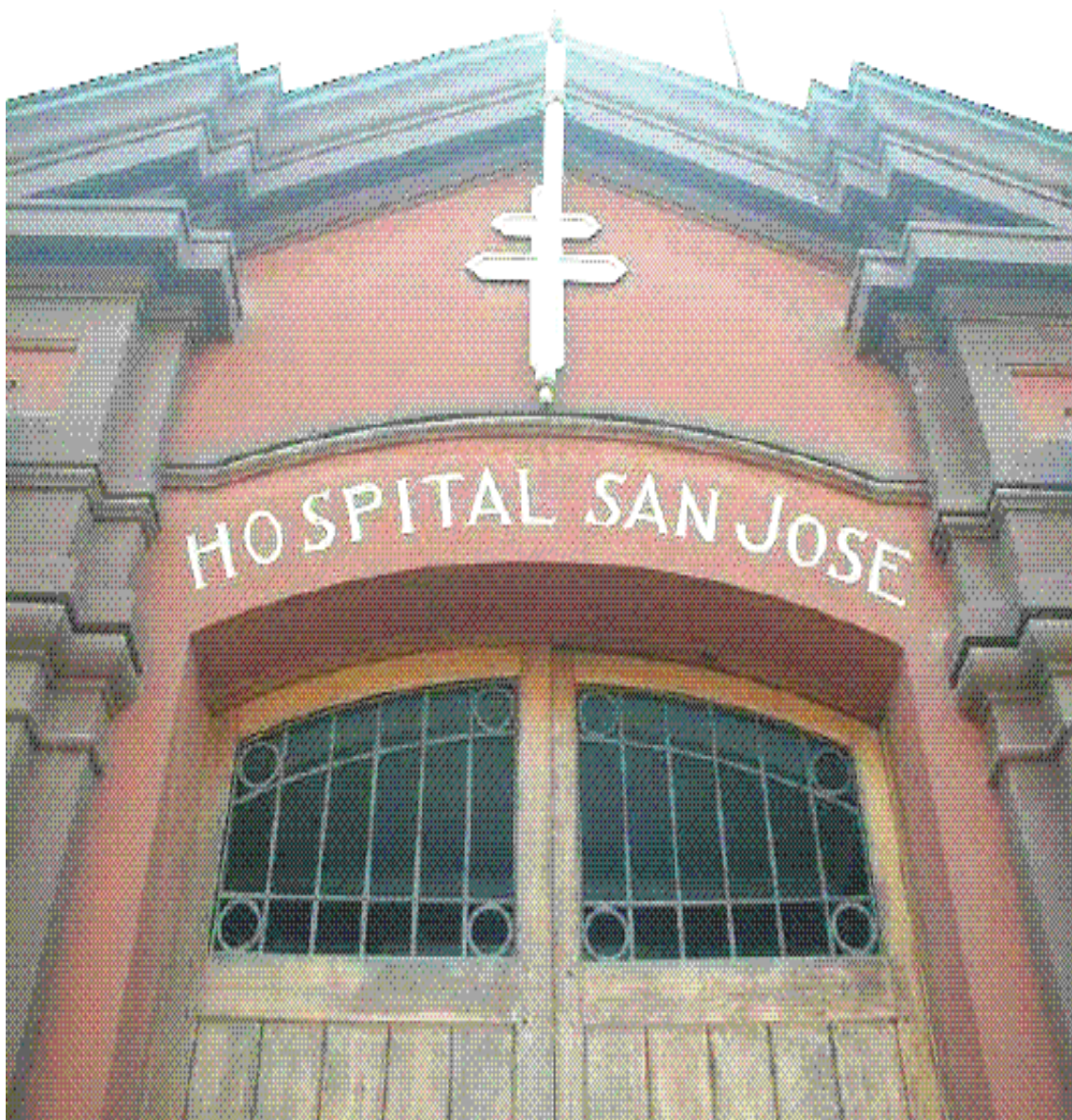
Hacia apenas dos meses que el mundo llamado democrático, con Estados Unidos a la cabeza, había sido sacudido por un joven barbudo que había derrotado por las armas a un dictador de una pequeña isla caribeña, el 26 de Julio de 1959, implantando en su patria recién liberada, un sistema económico centralizado mediante la aplicación de medidas socialistas. Mientras tanto los pueblos de Chile y de América Latina soportaban la intensidad de las medidas de represión de los gobiernos, tanto legales como las otras, no sin una tenaz y férrea oposición por parte de las poblaciones afectadas.

En Chile hacía apenas un año que se había derogado la Ley de Defensa de la Democracia, en 1958, la cual puso fuera de la ley a los comunistas chilenos y permitía perseguir a las personas que eran sospechosas de serlo. Liberados ya los trabajadores de la represión instituida, lentamente estaban surgiendo y aumentando las diferentes formas de protestas por los bajos salarios, por la alta cesantía, por los abusos de los empresarios, etc. .

Jesús Tadeo, en este tiempo y entorno, uno de los eternos perseguidos por la mala suerte o quizás por su apasionada forma de expresar su posición frente a la vida, logró después de una larga cesantía tener la gran

oportunidad de obtener un empleo más o menos estable y seguro en un establecimiento hospitalario público y gratuito.





Destinado al más bajo de las funciones dentro de la jerarquía laboral de un establecimiento hospitalario estatal, él, Jesús Tadeo, trata de aclimatarse, por decirlo así, a un ambiente laboral totalmente diferente a lo que a una persona normal podría complacerle, pues había sido destinado a desempeñarse como Nochero del Pabellón N ° 3, del antiquísimo Hospital San José de Santiago, recinto de salud especializado en enfermos de tuberculosis.

El Hospital San José de Santiago de Chile era una reliquia. Había sido construido sobre unos amplios terrenos adyacentes al gran Cementerio General de la capital de Chile y en cual yacían los grandes héroes y personajes de la historia del país desde hacía casi dos centurias.

El Hospital San José, vecino del casi bicentenario Cementerio General, su hermano gemelo del dolor y separado de éste por la muralla de los nichos, constaba de grandes pabellones de un piso, de casi una cuadra de largo cada uno y con capacidad para media centena de pacientes cada uno.

Altos y gruesos murallones de adobes, amplios ventanales, con grandes galerías que circundaban cada uno de esos recintos; hermosos jardines centrales y laterales e inmensos y añosos árboles, conjunto que de día convertían este lazareto en un vergel, pero de noche se tornaban en un lóbrego y casi tenebroso paseo de fantasmas.

En ese tiempo había una epidemia casi permanente de tuberculosis que azotaba con mucha más frecuencia a las clases bajas de la población, las cuales tenían como antesala de su última morada alguna cama de esta temida y discriminada sala de espera de la muerte.

La permanencia de los pacientes, tanto de hombres como mujeres, durante meses y meses, y a veces años, para lograr su mejoría mediante largos tratamientos, favorecían la intimidad y convivencia entre el personal auxiliar y los enfermos, que no pocas veces terminaban en furtivos romances que finalizaban no siempre con dicha y felicidad.

Los días de sol, cuando se autorizaba el paseo de los pacientes, hombres y mujeres por los jardines, las miradas y misivas amorosas de los internos iban y venían, no obstante la absoluta prohibición de tales actos, pero anocheciendo todo era oscuridad, silencio sepulcral, tinieblas y vuelos de los buitres que volaban rondando este lugar y el cementerio adyacente.

En una noche de invierno, un hombre bajo, grueso, tosco, moreno, con una mueca, seguramente secuela de una parálisis facial, un ojo grande y desorbitado, rengueando avanzaba con su casi deformada humanidad hacia el teléfono ubicado en la muralla y en el centro de uno de los enormes pabellones del antiquísimo establecimiento hospitalario.



La silueta y el aspecto de este hombre, perfilada en la penumbra de la noche, exageraban el entorno tétrico y fantasmagórico del lugar. Levanta el aparato y comunica lacónicamente, sin saludar: “Aló, oye Jesús, murió el 25 del Pabellón 4. Te espero. Ya. Chao”

Afuera, la luna menguante trataba de introducir sus rayos de luz entre los espesos ramajes de los árboles poderosos y tan viejos como las murallas vecinas y colindantes con el principal Cementerio General de Santiago de Chile, en donde se nutrían probablemente sus largas raíces centenarias.

Los dos hombres habían avanzado casi dos cuabras por las largas, oscuras y tenebrosas galerías que circundaban cada sala, cansados y jadeando dejan la angarilla con su carga fúnebre sobre los adoquines del suelo.

Sobre el piso, sobre la angarilla, también reposaba el cadáver desnudo del enfermo de la cama N ° 25 del Pabellón N ° 4, quien había dejado este mundo como consecuencia de una hemoptisis de casi un litro de sangre, última de una serie e imposible detener, no obstante de las grandes dosis de sanitrombin, vitamina K y otros coagulantes utilizados en esos años y aplicados por el practicante de guardia nocturno.

El hombre más joven, de unos veintisiete años y de nombre Jesús Tadeo, aprovechó ese momento para encender un cigarrillo y meditar, mala costumbre adquirida desde niño, sobre su vida, la de los demás y la muerte que rondaba en su nuevo trabajo. Después de ese corto descanso,

el más viejo se ubica astutamente en el lado más liviano del bulto, es decir, por donde asomaban los pies del finado fuera de la sábana que lo cubría. El hombre mas joven en bien de la cordialidad calladamente asió la angarilla por donde se asomaba la cabeza del cadáver del paciente N ° 25 con su rostro flaco y macilento.

Ambos empleados con su carga y deteniéndose a veces para acomodar el bulto humano, caminaron por las galerías de los otros pabellones, todas luciendo en sus pisos baldosas viejas y gastadas. Después de recorrer casi cuatrocientos metros llegaron al depósito de cadáveres del Servicio de Anatomía Patológica, la Morgue, construida justamente pegada a una muralla lateral del Cementerio y con el cual se comunicaba por una antiguo gran portón ahora clausurado. Años antes, cuando el Hospital era casi un recinto de espera de los moribundos para atravesar a la residencia de los muertos, el gran portalón del Cementerio era de mucha utilidad ya que facilitaba el tránsito desde este mundo al otro desconocido, sin necesidad de sacar a pasear al difunto a la calle e ingresarlo al cementerio por la puerta principal.

Jesús, el hombre más joven, no acostumbrado aún a estos escenarios vampirescos a pesar de su firme posición agnóstica sobre ésto y lo otro, como ser humano que era, fue invadido por un escalofrío cuando debía ingresar a la Morgue, oscura y fría, para alcanzar el interruptor de la luz que se ubicaba justo detrás de la puerta.

Comúnmente, tendidos sobre los mesones de cerámica blancas, había cuatro o cinco o más cuerpos desnudos de hombres y mujeres fallecidos

durante la noche a causa de su enfermedad tuberculosa avanzada, los cuales deberían ser autopsiados al día siguientes o subsiguientes, según fuera festivo o domingo.

La Morgue del Hospital San José de Santiago de Chile era como una especie de carnicería de seres de humanos. En el centro un gran mesón muy liso, de cerámica, con canaletas para facilitar la caída de la sangre y el agua hacia el desagüe; una gran llave y manguera al alcance de la mano; serruchos, sierras, pequeños martillos, cuchillos grandes y chicos, y otros tipos de utensilios utilizados por el personal médico.

Desgraciadamente los decesos de los enfermos sucedían casi siempre de noche, por lo con el tiempo el joven trabajador hospitalario llegó a la convicción que los pacientes preferían morir durante su turno, seguramente confiando estos en la atención esmerada y respetuosa que le otorgaría el nochero del Pabellón N ° 3, lugar de trabajo donde fue ubicado el recién contratado servidor público. ¡Los pacientes prefieren morir de noche!, regañaba de vez en cuando Jesús Tadeo, el Nochero del Pabellón N ° 3.



Je
sús, el nochero del Pabellón N ° 3, antes de la nueve de la noche, debía atender a los más de cuarenta enfermos de su pabellón, repartir el agua caliente, sacar las bacinicas, lavar las escupitinas de medio litro con expectoración sanguinolentas y contagiosas; darles los medicamentos recetados por el médico y con un deseo de buenas noches y un dudoso hasta mañana, procedía a apagar la luz.

El bullicio y algarabía era ahora un murmullo de voces apenas perceptible. Todo en silencio hasta cuando un palmoteo o blandir de palmas de algún enfermo, ponían en alerta al nochero de una hemoptisis, hemorragia por vía bucal como consecuencia de las heridas ubicadas en los pulmones y provocadas por el virus de la tuberculosis. Estas suelen ser muy abundantes en algunos casos, por lo que si no se le inyecta rápidamente coagulante el afectado puede morir en cosa de minutos, ya sea ahogado con su propia sangre o por anemia fulminante provocada por la gran pérdida de sangre. El nochero en estos casos debía llamar telefónicamente al practicante de turno quien estaba provisto de los materiales para inyectar los medicamentos. Si el asunto no resultaba, el nochero debía preparar al difunto, es decir, desnudarlo, limpiarlo, etc., para proceder enseguida a transportarlo a la morgue con la ayuda de un nochero de otro pabellón.



Los demás enfermos, sobrevivientes por el momento y testigos de estos hechos, sobre todo los vecinos más cercanos al lecho del paciente fallecido, esa noche interpelaban más que nunca al nochero, quizás por el insomnio natural causado por el temor de una nueva hemoptisis.

Pasando la noche bajo techo y recostado sobre una silla de playa, con vista a los nichos del Cementerio y mirando a veces la luna que se deslizaba por sobre las puntas de los elegantes mausoleos, ubicados estos tras los macizos murallones de los nichos del cementerio vecino, Jesús, el

nochero, respiraba el aire puro de las plantas como escapando a los asesinos y contagiosos bacilos causantes de la tuberculosis.

La estricta Enfermera Jefe del Hospital, implantadora de rígidas normas de disciplina, a semejanza casi a las de un cuartel militar, había prohibido terminante que los nocheros durmieran durante su turno nocturno de doce horas diarias, de 19 horas hasta las 07 horas del día siguiente. Por tal razón, solamente se les dotaba de una silla de playa y una frazada para cubrirse los pies.

Durante la noche, todo quedaba cerrado con llaves, por lo tanto los nocheros debían ubicar la famosa silla de playa en el lugar que quisieran, pero fuera de las dependencias usadas por los médicos, enfermeras y personal subalterno diurno. El nochero del Pabellón N ° 3 le gustaba ubicarse cerca de la mampara, para mirar los jotes que sobrevolaban en circulo sobre su cabeza, lo cual por lo tétrico del espectáculo, se sumía en profundas disquisiciones sobre el más allá terminando tapándose la cabeza para poder dormir tranquilo aunque fuera algunos minutos.

Los primeros meses fueron meses de adaptación a este nuevo escenario, tan lejos del sol, el mar y el desierto del norte de Chile. Sus recuerdos serán ahora mil veces más hermosos. Cuánto añoraba la arena caliente sobre sus pies, la brisa marina y el oleaje del mar de donde provenían sus añoranzas. Este contraste tan grande entre su vida de sol de antes y esta vida de vampiro de ahora, lo instaba a pensar sobre su vida y su destino. ¿Era acaso un veleta, que se dejaba llevar por viento caprichoso?, como tan bien describía este fenómeno el filosofo argentino

José Ingeniero. Siempre destinado a ser el último, el más bajo del de abajo, se preguntaba y se respondía con enojo.

A veces culpaba al súper ego que como cuchillo se lo había enterrado su padre cuando era niño. Estaba harto. Este súper ego le estaba causando demasiados problemas. Ser honesto, digno, respetuoso y siempre defendiéndose de los abusos e injusticias, se estaba transformando en una muralla insalvable.

Se estaba aburriendo de hacerse el idiota, puesto que estaba seguro que no lo era. Bueno, se dijo, Pisagua está funcionando aún... La paciencia y la perseverancia es una virtud, pensaba... Los cesantes me envidian...Si es verdad...Soy un servidor público y realizo un trabajo humanitario...Pero tengo que estudiar...estudiar...estudiar... Mientras el sueño casi lo vencía. Pero su cerebro volvía al ataque...

El tiempo para los políticos perseguidos jurídicamente había cesado; el Campo de Concentración de Pisagua se había cerrado, pues el Presidente de Chile , el General Ibáñez, antes de abandonar la Moneda en 1958, como una especie de MEA CULPA o tal vez queriendo imitar a Pilatos, es decir, lavarse las manos por las barbaridades cometidas, derogó la Ley de Defensa de la Democracia, la cual estuvo vigente durante diez años, desde su aprobación por el Congreso Nacional, en 1948, por la concertación de los partidos socialistas, radical y otros partidos progresistas de izquierda y con el voto feliz e incondicional de los partidos tradicionales de derecha y los oportunistas independientes de todas las caretas. Esta ley había puesto fuera de la ley al Partido

Comunista y sus militantes, cerca de 160.000, borrados de los registros electorales, excluidos de toda actividad política, estigmatizados mediáticamente y muchos en permanente cesantía con todas las penurias que esto significaba.

Para el nochero en estas circunstancias, el insomnio no es una enfermedad, sino una virtud de buen funcionario. Tiene que mantenerse despierto obligadamente y la mejor manera para lograrlo es simplemente pensar, en cualquier cosa. En lo que se quiera. Es gratis y fácil. No se requiere ser académico universitario ni pagar un costoso curso. Ni tampoco se requiere ser demasiado inteligente. Bueno, los idiotas también piensan, creía... ¿Pero en qué?. El sueño le está ganando la batalla al pobre nochero del pabellón N ° 3.

Un enemigo invisible lo atacaba por todos lados y no daba la cara. Estaba en todos lados. Todo le salía mal. Siempre negativas, para todo. ! Hasta cuando... ¡Y el pobre nochero con los pies helados trataba de entibiárselos, sacándose los calcetines y sobándose los con sus manos también entumidas. Y no había estufas, por que según los médicos el calor hace proliferar los bacilos causantes de la tuberculosis como también el encierro. La orden era: Nada de calefacción y todas las ventanas abiertas, sea de día, sea de noche, sea invierno o sea verano. Además se recomendaba a los nocheros descansar en sus sillas de playa, pero no dormir, ubicarse cerca de la puerta y ésta siempre abierta. ¡ Hay que cuidar la salud del personal, evitando que se contagien! , pregonaban.
Autor: Hugo Eduardo Díaz F.

